



CAPITULO XI.

Eleccion del Gran Maestro.—Operaciones militares de Saladino.—Pérdida de plazas cristianas; muerte desgraciada del traidor y apóstata conde de Trípoli.—Carta de Terric al rey de Inglaterra.—Consternacion de Europa por los desastres de la Tierra Santa.—Predicacion de la tercera cruzada; Ricardo Corazon de Leon y Felipe Augusto con ejército pasan á Palestina; tambien acuden en socorro de los cristianos de Oriente los pisanos, venecianos y otros pueblos.—Libertad de Guido de Lusignan; insulto del marqués de Monferrato.—Sitio de Tolemaida; batallas sangrientas; escándalos del príncipe de Tiro.—El emperador de Alemania marcha con ejército á Palestina; muere en el camino.—Institucion de la Orden Teutónica.—Los ejércitos de Francia é Inglaterra frente de Tolemaida.—Fr. Armando de Peiragrós, Gran Maestro.—Eleccion del Gran Maestro.—Relacion de los sucesos de Oriente y de los acaecidos en Italia con la llegada del Emperador de Alemania Federico II.—El Papa releva del juramento de fidelidad á los vasallos del Emperador.—Sumision de Federico.—San Gerlando Temp'ario.—Graves sucesos de la Palestina.—Noticia sobre diferentes asuntos referentes á la órden del Temple.—Muerte del Gran Maestro.

T consecuencia de la abdicacion del maestrazgo hecha por Fray Terric, el capítulo general de la Órden del Temple se reunió y pasó á deliberar sobre la eleccion de un nuevo jefe, y cupo la suerte de Gran Maestro á un caballero flamenco, llamado Fray Gerardo de Riderfort, persona muy distinguida por los elevados cargos que habia desempeñado, entre otros el de la importante dignidad de senescal, ó sea mayordomo de la real casa de Lusignan.

Es opinion general, según las crónicas de la época, que Fr. Gerardo pertenecía á la noble familia de los señores de Ruddervoorde, cuyo antiguo castillo de Riderfort se hallaba situado cerca de Brujas. En la historia de aquellos tiempos viene conocido bajo los nombres de Ridefort, Bidesfort y Rilefort.

Se asegura que á dicha eleccion asistieron al capítulo general más de 300 caballeros y otros tantos sirvientes, la mayor parte franceses (1), así como se afirma sin prueba alguna que entonces tuvo principio el sustraerse de la jurisdiccion del patriarca de Jerusalem, y elegirse y nombrarse por propio derecho su Gran Maestre, á imitacion de la orden Hospitalaria de San Juan; y con una ignorancia que no se comprende en historiadores de nota, se añade, que en este capítulo de Templarios adoptaron la cruz negra de ocho puntas, en lugar de la patriarcal que antes llevaban.

Esta asercion ni merece siquiera los honores de la refutacion, sabiendo y constando que siempre usaron los Templarios de la cruz roja; y á quien se obligó por bula pontificia el uso de la cruz negra, en vez de la roja que pretendia llevar á semejanza de los Templarios, fué á la orden Teutónica. Todas estas extravagancias son sueños é imaginaciones que consignan ciertos historiadores y están refutados ya de antemano.

Crítico y angustioso era el tiempo en el cual fué elegido Gran Maestre Fr. Gerardo Riderfort, y mucho esfuerzo se necesitaba para hacer frente á las grandes calamidades que amenazaban á la Palestina. El célebre Saladino, que puede llamársele el gran capitán del siglo, tenia en jaque á todas las fuerzas de los cristianos; así es que la campaña de 1188 no fué menos fatal á los cruzados que lo habia sido la anterior; pues tan pronto como el tiempo lo permitió, Saladino al frente de numeroso ejército emprendió las operaciones, y su actividad é incansable afán de conseguir victorias y destruir la dominacion cristiana, en menos de tres meses alcanzaron el que cayeran en su poder veinticinco fuertes en el solo principado de Antioquía, despues de haber rendido la importante plaza de Tortosa ó Antarade y Laodicea, en cuya ciudad la Orden del Temple tenia un convento edificado sobre el puerto (2), y tambien Schyun, que, segun conjeturas, se cree era el castillo llamado Bellfort, famoso por su situacion topográfica, defendido por tres recintos, con fosos profundos trabajados á la roca y á la altura de 60 codos (3). Saladino conservaba todas estas plazas rendidas, con fuertes guarniciones, que constituian bloqueada la capital. Solamente quedaban para los cristianos Antioquía, Tiro y Tripoli.

(1) Andrés Favyn: «Teatro de honor.» tom. 2, pag. 1628.

(2) Hist. de Jerusalem, lib. 6.—Italia Sacra, tom. 2, pag. 407.

(3) Esta plaza fué vendida al Temple, así como Sidon en 1126. Canut, pag. 221.

El conde de Trípoli, ese traidor y desgraciado instrumento de la pérdida de la Tierra Santa, al ver á su enemigo en cierta manera destronado, es decir á Guido de Lusignan, fugitivo y errante dentro de sus propios estados, consideró la ocasion favorable para recordar á Saladino el cumplimiento del tratado secreto, y la ejecucion de los compromisos que habian mediado, y por lo tanto que cumpliera lo pactado, entregándole la corona de Jerusalem y las plazas fuertes, pues con su huida en la batalla de Tiberiades le habia proporcionado sus victorias.

Saladino, despreciando al traidor, no se dignó siquiera contestar á su pretension sino con burlas y sarcasmos; y entonces el conde ultrajado, y aborrecido de todos, se abandonó á la desesperacion, y perturbada su mente, cayó en delirio, muriendo agitado y convulso entre la cólera y la desesperacion; y al ser reconocido su cadáver antes de inhumarle, se le halló la señal de la circuncision, clara evidencia de que se habia hecho musulman para lograr su desmedida ambicion (1). La condesa su esposa, que quedó sin hijos y sin recursos, llamó en su socorro á Raimundo príncipe de Antioquía, que era su más próximo pariente, y le hizo entrega de Trípoli y de todas sus pertenencias.

Juzgamos oportuno consignar en este lugar la carta que escribió fray Terric al rey de Inglaterra, pues, aunque dicho Fr. Terric habia abdicado el maestrazgo, no obstante no cesaba por esto de excitar el celo de los cristianos de Occidente á fin de estimular á los príncipes para que acudieran al socorro de la Tierra Santa. Al efecto, como el rey de Inglaterra era conocido suyo, le dirigió la siguiente carta:

«A mi muy amado señor Enrique, ilustre Rey de los ingleses, duque de Normandía, de Aquitania y conde de Anjou, salud en Aquel del cual depende la vida de los reyes.

«Fr. Terric, antes Gran Preceptor de la casa del Temple de Jerusalem: Señor, no se os debe hacer ignorar que Jerusalem y la torre de David han caido en poder del sultan, y que los cristianos de Siria ya no guardan el Santo Sepulcro desde el 4 de octubre. Solamente se ha permitido á los Hospitalarios permanecer en su casa en número de diez al objeto de curar y cuidar á los heridos y enfermos. Los de esta Orden que defienden el castillo de Bellfort se distinguen por su bravura; ellos han sorprendido dos caravanas, en una de las cuales han encontrado armas, efectos y víveres que el enemigo enviaba de Faba despues de haber destruido dicho fuerte.

«Las cercanías de Trípoli y Antioquía se hallan en estado de defenderse; algunos fuertes entre otros Margat, Saphet, el Temple, Montreal, Castellblanc, uno y otro Krac han despreciado las amenazas de Saladino,

(1) Guill. de Tiro, tom. 3, pag. 132.—Nanuis, ann. 1188.

el cual no contento con haber hecho derribar la cruz que estaba colocada en lo alto de la iglesia que está inmediata al antiguo templo, la ha tenido expuesta por dos días consecutivos á las risas é insultos de la soldadesca desenfrenada; ha mandado purificar con agua de rosas de arriba á bajo el interior y exterior de la iglesia principal, y ha hecho proclamar con gran solemnidad la ley de Mahomet; ha tenido bloqueada á Tiro, desde San Martín hasta la Circuncisión, sin cesar un momento de atacarla día y noche con ballestas y catapultas. La vigilia de San Silvestre el joven marqués de Monferrato, despues de haber colocado su infanteria en las murallas de dicha ciudad á la cual confió la defensa, salió del puerto con 17 galeras y 10 buques menores, atacó la escuadra musulmana, apresando 11 galeras, se apoderó del grande almirante y de 8 emires, y sostenido por el ejemplo de los Templarios y Hospitalarios, enrojció las aguas del mar con la sangre de los infieles (1). El resto de los buques enemigos habiendo encallado en la costa, Saladino prefirió verlos reducidos á cenizas que sufrir el que los cristianos pudieran aprovecharse de ellos; y para hacer caer sobre los musulmanes lo vergonzoso de esta derrota, afectó presentarse delante de los suyos con un traje ridículo y montado sobre un caballo de batalla sin cola y sin orejas (2).»

Ya hemos dicho que al llegar á Europa la noticia de la rapidez de las victorias y conquistas de Saladino, y las desgracias experimentadas por los cristianos de Oriente, la pusieron en alarma y la sumergieron en un amargo dolor, compadeciendo la triste situación en que se hallaban sus hermanos; y ardiendo en deseos de auxiliarlos, coincidió la llegada de Joric arzobispo de Tiro, que algunos autores han confundido equivocadamente con Guillermo el historiador (3), el cual fué nombrado por el Oriente como embajador para solicitar del Pontífice y cortes de Europa un pronto y eficaz auxilio para salvar la Palestina de la total ruina que la amenazaba.

TERCERA CRUZADA.

Dos papas, Urbano III y Gregorio VIII, que se habían ocupado con celo y ardor para salvar la Palestina, el uno reuniendo un cuerpo de tropas en Verona, y el otro disponiendo ayunos generales para preparar el corazón de los cristianos á fin de aplacar la indignación divina, no pudie-

(1) Esta gloriosa acción naval no se debió al marqués de Monferrato, sino al almirante catalán Margarit, como lo hemos consignado antes.

(2) Roger de Hoveden, lib. 2, pag. 647.

(3) Oriens Christianus, tom. 3, col. 1313.

ron ver realizados sus ardientes deseos por la muerte prematura de ambos Pontífices. Estaba reservado á Clemente III el llevar á cabo la cruzada en favor de los Santos Lugares. En efecto, al llegar á su presencia el arzobispo de Tiro, y oída la triste y desconsoladora situación de la Tierra Santa, le nombró legado de la Santa Sede, asociándole al cardenal Enrique obispo de Albano, para que ambos se presentasen á los reyes de Francia é Inglaterra, y reprobando sus rivalidades se uniesen para salvar la Palestina.

El celoso arzobispo, fiel á la confianza que en él había depositado el soberano Pontífice, predicó por los grandes centros de Italia, y en seguida se trasladó á Francia con el propio objeto.

En aquella sazón el rey de Inglaterra Enrique II y el de Francia Felipe Augusto se hallaban en conferencia en Trie de Gisors (Normandía), y allí acudió el arzobispo de Tiro, y á su presencia predicó con tanta elocuencia y copia de razones, describiendo las desgracias de los cristianos que inhumanamente habían sido arrojados de sus moradas y despojados de sus bienes, y dando en rostro á los príncipes cristianos por haberse dejado arrebatar la herencia de Jesucristo; que todos los corazones se conmovieron; pero cuando causó más emoción fué al describir los gemidos de la santa ciudad, la muerte de tantos cristianos inmolados por la barbarie musulmana, la esclavitud de unos y la dispersión de otros, y al pintar el deplorable y sensible espectáculo de los pequeñuelos de uno y otro sexo, que, nacidos libres, se vieron de repente esclavos antes de conocer su desgracia, con el peligro de ser instruidos en el error ó seducida su razón, ponderando luego los artificios y crueldades de que se valían los infieles para pervertir á los jóvenes; en fin detalló el estado espantoso en que se hallaban reducidos los orientales de tal modo, que derramando lágrimas al describirlo, las arrancó de los príncipes y de todos los circunstantes.

Los dos soberanos, que casi siempre se hallaban en guerra por la posesión del Vexino, al relato de las desgracias de la Tierra Santa que acababan de oír, se abrazaron en presencia de la multitud, olvidándose de sus querellas, y pidieron con lágrimas en los ojos la cruz. Un grito unánime resonó: ¡la cruz! ¡la cruz! y este grito de guerra resonó hasta los últimos confines de la Francia.

Los pueblos al saber los lamentables acontecimientos de la Palestina se llenaron de consternación, y poseídos luego de fervor y entusiasmo, gritaban que no eran dignos de llevar el nombre de cristiano, si no se levantaban en masa y no corrían á la defensa de Jesucristo. La efervescencia popular fué indescriptible. Se convocaron asambleas y concilios, como el de Gisors, Trie y Mens á causa de la cruzada.

Más como la expedición exigía naturalmente crecidísimos gastos que era difícil sufragar, para hacer frente á este inconveniente se tomó la re-

solucion de que todos aquellos que no se cruzasen por cualquier causa, pagasen la décima parte de sus rentas y del valor de sus muebles. A este impuesto se le denominó *diezmo Saladino*, y fué bien recibido, pues no habia un solo corazon cristiano que no estuviese entusiasmado, y todos deseaban que se llevase á cabo la ansiada reconquista de la Tierra Santa.

Para el cobro del diezmo Saladino se nombraron colectores, y lo fueron dos presbíteros, un oficial real y capellan de palacio, un Templario y un Hospitalario, los dos últimos deputados por sus Ordenes respectivas con el objeto de facilitar la organizacion y armamento, así como para acompañar y guiar la expedicion (1).

En Francia muchos señores al tiempo de cruzarse hicieron el juramento de libertar á Jerusalem; entre ellos figuraban Ricardo hijo de Enrique, duque de Guyena, Felipe conde de Flandes, Hugo duque de Borgoña, Enrique conde de Champaña, Tibaldo conde de Blois, Rotron conde de Perche, los condes de Soissons, de Nevers, de Bar y de Vendome, los dos hermanos Josselin y Mateo Montmorency, y otra multitud de varones y caballeros, y algunos obispos y arzobispos, tanto de Francia como de Inglaterra.

A pesar de que en este intervalo murió Enrique II de Inglaterra, no por esto se interrumpió la organizacion de la cruzada, pues su hijo Ricardo llamado Corazon de Leon, al tomar la corona, aceleró el armamento, convocó cerca de Northampton á los varones y prelados del reino, y en esta asamblea predicó la cruzada Balduino arzobispo de Cantorbery. Este prelado recorrió las provincias, procurando difundir por todas partes el ardor religioso y guerrero, y acompañando su predicacion, segun se dice, hechos sobrenaturales.

Mientras se hacian los preparativos necesarios para la cruzada, los reyes Felipe Augusto y Ricardo se reunieron en Nonancourt para ponerse de acuerdo sobre las disposiciones que debian adoptar para el mejor éxito de la expedicion. En su consecuencia, y recordando los grandes desórdenes á que habia dado lugar la presencia de las mujeres en la primera cruzada, se les prohibió absolutamente y sin excepcion de ninguna clase el viaje de la Tierra Santa con los cruzados, dictándose al mismo tiempo otras disposiciones de no menos importancia.

Como el arzobispo de Tiro habia pasado á Alemania para predicar la cruzada, se dirigió á Maguncia en cuya ciudad el emperador tenia una Dieta del imperio, y en virtud de las exhortaciones del legado, Federico I llamado Barbaroja, á pesar de su avanzada edad, lleno de celo y valor quiso cruzarse, cuyo ejemplo siguieron el duque de Suabia su hijo, mu-

(1) Roger de Noved., pag. 611.

chos príncipes, grandes señores y eclesiásticos, organizándose con celeridad un respetable cuerpo de ejército que debia partir por la Pascua de Pentecostés.

El rey de Inglaterra puso en pie de guerra 30,000 infantes y 5,000 caballos, que embarcó en Douvres, luego pasó á Flandes y á Normandía, y uniése con Felipe Augusto en Vezelay sobre la frontera de Borgoña, y pasado el Ródano se separaron. Felipe Augusto con su ejército pasó á Marsella, siendo el punto de reunion designado Mesina (Sicilia).

La Italia tambien presentó su contingente, formado de pisanos y venecianos, los cuales reunidos con Geofredo de Lusiñan, hermano de Guido de Lusiñan, rey de Jerusalem, fueron los primeros que se embarcaron, siguiendo luego muchos holandeses y flamencos bajo las órdenes de Jaime de Avene.

Se extrañará sin duda que la España, tan guerrera, hidalga y católica, no figure en primer lugar en las cruzadas de que venimos hablando, ó que tal vez tendria olvidada la Tierra Santa por falta de celo y devocion por ella: nada más lejos de esto, por cuanto no faltaron muchos caballeros de las principales casas de la nobleza catalana y aragonesa que compartieron las fatigas y el honor de combatir en Palestina contra los infieles, con los cruzados de las otras naciones de Europa. Además deben tenerse en consideracion las circunstancias excepcionales en que se hallaba la Península, invadida y completamente ocupada por los sarracenos, y al hacerles la guerra en la patria, combatian tambien por la cruz de Jesucristo, como los cruzados en la Palestina.

Como ya hemos indicado, el emperador Federico llamado Barbaroja se adelantó á los reyes de Francia é Inglaterra, y se puso en marcha el 23 de abril de 1189. Al atravesar la Hungría encontró hospitalidad franca en todos los pueblos; mas al llegar á la Bulgaria, todo mudó de aspecto, pues halló desiertas las ciudades, destruidos los molinos, y los desfiladeros por donde habia de pasar obstruidos con piedras de gran tamaño, y custodiados por numerosas partidas de bandidos.

Tanto el ejército del emperador Federico Barbaroja como el de los francos sufrieron en esta peregrinacion inauditos trabajos, encontrándose en varias ocasiones con absoluta carencia de víveres. No nos detendremos en seguir el itinerario de ambos ejércitos, porque nos haríamos interminables; tan sólo citaremos lo más principal, que demostrará suficientemente cuánto tuvieron que padecer aquellos valerosos defensores de la fe. Un musulman que servia de guia al ejército del emperador en su marcha hácia la capital de Licaonia, lo condujo á un paraje desierto y desprovisto de agua, donde tuvo el ejército que sufrir el tormento de la sed, hasta el extremo de que para aplacar su ardor muchos caballeros bebian la sangre